

MARIA CARME ROCA

EL PASAJE

Traducción de Lucía Giordano

afOra | EDICIONS
FOCUS

comanegra

- TABLA -

Barcelona, 1945	13
Primer tramo.....	23
Segundo tramo.....	91
Tercer tramo.....	189
Epílogo	291

Barcelona, 1945

Llovía. Una lluvia suave, cadenciosa, pero suficiente para dejarlo todo empapado al cabo de un rato. Regina se lamentó de que lloviera; no porque no le gustara la lluvia, sino por miedo a que los zapatos nuevos se le empaparan: la fina suela de cuero y la piel de alce no toleraban la humedad. Quería ir elegante —sobre todo por él, por Josep Maria— y estaba convencida de que lo había logrado. Un traje de chaqueta gris oscuro, como la tarde de aquel mes de noviembre, y los complementos negros —el cuello de piel, el sombrero de ala caída, los zapatos de tacón de carrrete y el bolso plano de doble asa— ofrecían la imagen de una mujer segura de sí misma pero discreta: una buena opción para decir adiós a su amigo.

«Me resulta extraño verte con el hábito franciscano, pero hay que ver lo bien que te queda.»

La familia Sert había instalado la capilla ardiente del eminente pintor y muralista en la casa de la calle Aragó. Al día siguiente se celebraría un responso en la iglesia de la Concepció. A Regina le gustaba aquella iglesia; tiempo atrás, había sido el convento de las monjas comendadoras de san Jaime, que había sido trasladado el siglo anterior, piedra por piedra, de la calle Jonqueres a un Eixample acabado de estrenar.

Regina se había despedido de Josep Maria y se dirigía hacia el pasaje de la Indústria, que, posteriormente, se llamaría pasaje de las Manufactures. Para ella, sin embargo, sería siempre el pasaje Cirici, como lo llamaba su abuelo.

Llovía poco, pero aún llovía. Caminó un rato, preocupada por si metía los pies en algún charco. «Me quedarán los pies teñidos», pensaba. Era lo que tenía el ante. El tinte de las tiras que le cubrían los empeines traspasaría la media y le quedarían impresas en la piel, blanca como la nieve.

Apenas entró al pasaje, después de haber dejado atrás la calle Trafalgar, fue consciente de que algo había cambiado (y eso que no hacía muchos días que había estado allí). Quizá una reparación —hacían falta tantas...—, un anuncio, un nuevo quiosco... No, miró alrededor y no supo detectar nada en particular.

«Tienes manías, Regina, te haces mayor.»

Era el aire, seguro; se respiraba de otra forma; el ambiente era húmedo pero agradable. Avanzó poco a poco, como quien quiere descubrir algo. De todos modos, no tenía ninguna prisa. Si hay algo que los ancianos disfrutaban, es el no tener prisa.

Regina se dirigía al quiosco de Mercè, la zurcidora, situado al otro lado del pasaje. Iba a recoger una blusa. Se le había hecho una rotura que quedaba demasiado a la vista. En aquel momento de su vida, no hubiera tenido problemas para comprar una blusa nueva, pero le gustaba aquella y Mercè tenía unas manos de oro: seguro

que se la arreglaría. Solo ella podía dejar como nueva una pieza de ropa accidentada.

Disfrutaba observando el trajín cotidiano de vecinos y transeúntes. El pasaje era como un túnel urbano que iba desde la calle Trafalgar hasta la calle Sant Pere Més Alt; veintiséis escalones, tres tramos, que bajaban hacia una ciudad con menos sol y menos aire, más oscura, más antigua. Y, por eso mismo, más interesante.

Se acordó del abuelo Andreu con añoranza, cuando le decía que el barrio en el que vivían tenía de todo, incluido un pasadizo que cruzaba una parte de la ciudad. Sí, porque Barcelona se había construido sobre un acantilado.

—Imagínate una montaña escarpada —le decía el abuelo, con ojos soñadores.

De pequeña, a Regina le costaba hacerse a la idea, pero las escaleras daban testimonio del paso del tiempo: de cuando Barcelona solo era un cúmulo de humedales.

Se detuvo, preocupada por si los pies le habían quedado teñidos. Se agachó con cierta dificultad, pues ya se acercaba a los setenta, y aflojó la hebilla que ajustaba el zapato por el lado exterior del pie. Efectivamente, tenía el empeine bien oscuro. Mientras se volvía a abrochar el zapato, pensó en el tarambana de Josep Maria.

«Qué poco te cuidabas, querido.»

El hígado. Una disfunción hepática le había jugado una mala pasada. Era un comilón incorregible, Josep Maria. Pocos días antes de morir, aún fue capaz de ir al restaurante Parellada y comerse una perdiz guisada a la

catalana, regada con un borgoña y un Pernod helado a la antigua.

Josep Maria Sert había muerto con setenta y un años, cuatro más de los que tenía Regina.

Se incorporó y se regaló una visión que, desde que era pequeña, la dejaba admirada: desde el primer escalón que bajaba, confirmabas que la ciudad descendía hacia el mar. Aquellos cuatro metros de desnivel unían dos partes contrapuestas de la ciudad. Un paso oscuro, estrecho, con techos abovedados de iglesia olvidada y un par de patios de luces. Paredes pringosas, sucias por el paso de fardos y bultos, de manos poco pulidas, de personas que se apoyaban para no caerse o porque, al pasar, habían tropezado.

Los ojos de Regina volvieron a detenerse en los regueiros de humedad, las cañerías viejas —¿cuándo reventarían?—, las rejas llenas de roña, la mugre adherida a los cables que serpenteaban por la escalera que, al llegar a suelo llano, daba paso a una galería repleta de pequeños comercios.

Mientras bajaba los escalones, casi saboreándolos, pensaba en Miquelet, su hermanastro.

Regina había tenido que protegerlo, pues el más pequeño traspie le hacía perder el equilibrio. Era cojo, Miquelet, y tenía una mano deforme. Daba lástima verlo, pobre, con la cabeza moteada de cabellos que crecían en mechones, como césped mal segado. Como no podía cerrarla del todo, la boca le dibujaba una sonrisa torcida de la que pendía siempre un hilillo de saliva. Sus ojos, por suerte, eran vivos y despiertos.

Tenía dos años más que Regina, pero parecía más pequeño. Ella se lo llevaba al pasaje para que jugara con otros niños. Lo arrastraba como podía, agarrándolo de la mano, la que era buena. Intentaba que participara en los juegos, que corriera con los demás, pero, al cabo de un rato, tenía que dejarlo sentado en un escalón, porque los otros niños no lo querían; les daba repelús e incluso miedo.

La manita agarrotada colgando, la cojera de muñeco estropeado que hacía reír... «Pobrecito, ¡si era un alma bendita!» De poco le servía a la chiquillería que Regina les dijera que el faraón Tutankamon también tenía una deformidad. Ninguno de ellos sabía de quién les hablaba y, de hecho, Regina tampoco: solo repetía lo que le decía el abuelo Andreu, aunque no lo entendiera. «Espérame aquí, Miquelet, déjame jugar un poco.» Él asentía con la cabeza: sabía que era un estorbo y se rendía ante su incapacidad.

La niña jugaba, pero sin muchas ganas, ya que, aunque no lo viera, sentía la mirada de Miquelet en la espalda, sabía que él la seguía con los ojos, que jugaba a través de ella. Regina quería mucho a Miquelet y él a ella todavía más. Pobre de quien se riera de él, porque no había puntapié en la espinilla más feroz que el de Regina Soldevila de la calle Sant Pere Més Alt.

A menudo, las riñas entre los críos acababan mal, porque aparecía la madre de Miquelet, Pilar, y les echaba la bronca a ambos: a uno porque había salido de casa y a la otra porque no había cuidado de él.

Cuando Pilar no los reprendía, Regina cogía a Miquelet de la mano buena y saltaban los escalones canturreando, contándolos, y al ritmo del niño. Después, Regina lo dejaba en casa y se iba al pasaje Sert, justo al lado, donde levantaba la vista y veía en el balcón al niño enclenque, Josep Maria. Estaba enfermo a menudo y observaba la calle o el pasaje desde su casa, que era grande y daba a todos lados.

En cierta forma, Josep Maria y Miquelet se parecían, porque ninguno de los dos podía jugar como hubiera querido. El estado enfermizo de uno, las carencias del otro..., pero uno era rico y el otro pobre. A Josep Maria, en su casa, tampoco le hubieran dejado bajar: un chico de buena familia no juega por las calles, como un pilluelo.

Bajo la imagen esmirriada del pequeño de los Sert, sin embargo, Regina intuía un espíritu vivaz, una mente inteligente. Sus amigos, Rosita y Vicenç, no lo veían igual: para ellos no era más que un «niño mimado». Regina disfrutaba pasando de un pasaje al otro: le gustaba que su vida estuviera guiada por aquellas calles cerradas, donde las inclemencias del tiempo se debilitaban y en los días de lluvia podías jugar sin mojarte.

A medida que se acercaba al quiosco de la zurcidora, en el pasaje había cada vez más gente. No era extraño, pues allí se concentraban más tiendecitas: la pequeña imprenta, la pollería —qué angustia, las aves colgadas de un gancho goteando sangre—, la tienda donde vendían cabello... Pilar, una vez, había vendido el de Regina.

Menudo disgusto había tenido la niña, orgullosa como estaba de sus rizos rubios.

También se acercaba a su escondite —un rincón olvidado de un almacén del pasaje—, que había compartido con Rosita y Vicenç y, alguna vez, con Miquelet. Allí habían tramado pequeñas conspiraciones, complicidades, secretos. Fantasías de niños aún llenas de esperanzas.

Pronto se topó con un corrillo de mujeres que se había formado alrededor del quiosco de Mercè. Hablaban alarmadas, con rabia sedienta de justicia.

No tuvo ninguna duda de que hablaban de Pilar, la bordadora, la mujer a la que todo el barrio tenía por mala persona.

Que qué suerte que se hubiera muerto; que ya era hora, decían.

¿Pilar Anglada había muerto?

Pilar era vieja como pocas, pero tan mala hierba que parecía que no se iba a morir nunca.

Regina no sabía si acabárselo de creer.

Aquello era un alivio, y he aquí la sensación que había percibido al entrar al pasaje. Había desaparecido el hedor a podrido, el que exhala un alma mala. Una ráfaga de viento benéfico, purificador, lo había barrido.

Daba por seguro que hablaban de Anglada, pero necesitaba confirmarlo.

«Mercè me lo explicará.»

La zurcidora se incomodó al ver a Regina; sabía la relación que tenía con Pilar. Las comadres no paraban de hablar.

—¡Ya era hora de que se muriera esa fulana! —gritó una mujer de pecho prominente y pelos gruesos y negros en el mentón.

Pepita, la que cogía puntos de media, también se incorporó a la conversación, y Àngel, el zapatero que estaba en el quiosco de enfrente, no tardó en sumarse. Todo el mundo tenía algo que decir sobre Pilar y nada era bueno: la mala fama de la bordadora había ido creciendo como una hiedra trepadora. Regina sonrió a Mercè y, con la mirada, le dijo que no se preocupara por ella.

—¿Y de qué ha muerto? ¿Y cuándo? —preguntó con interés Enriqueta, la de la mercería.

—No hará ni una hora —respondió Mercè—. Se ve que iba caminando por la acera de la Via Laietana, ha tropezado y ha caído a la calzada. Un camión le ha pasado por encima y... ya os podéis imaginar.

«Aplastada, ha muerto aplastada.»

Los comentarios que siguieron no tenían nada de amables: desde que había sido una muerte demasiado rápida hasta que alguien debió de ver la oportunidad y la empujó.

«Cuántas veces la hubiera querido ver muerta y, ahora..., tanto me da.»

Mercè le dio la blusa.

—Ha quedado bien, señora —dijo la zurcidora.

Regina comprobó que el desgarrón quedaba escondido entre las tablillas que adornaban la parte delantera de la blusa. Agradeció el trabajo hecho —¡qué bien haberla recuperado!— y pagó, sin aceptar de ninguna manera

que le devolviera el cambio, a pesar de las protestas de la zurcidora.

—Regina... ¿Eres Regina? —le preguntó una de las mujeres que formaban el corro, antes de que se fuera.

—Sí —musitó.

Aquella vecina no era una desconocida para ella, pero no quiso darle conversación y se fue, tras despedirse de los presentes con un gesto de la cabeza.

Se hizo un silencio profundo.

«Les durará poco; en cuanto me haya marchado, volverán a hablar del tema.»

Bastante gente del barrio conocía la historia de Regina, por supuesto. No era tan célebre como Josep Maria —su entierro no tendría tanta pompa—, pero tenía una historia: su historia.

Mientras se acercaba a la salida, y antes de franquear la puerta de hierro forjado, se recolocó el sombrero y se ajustó el cuello de piel. Hacía más frío y ya no llovía. Una vez en la calle, en unos cuantos pasos llegó a la casa donde había vivido, la casa de su abuelo, de su padre y, a efectos prácticos, de Pilar.

Pilar, la excelente bordadora del barrio de Sant Pere, la madrastra de Regina.

Se apoyó en el paraguas. Las piernas le temblaban. Había quedado abatida, sin fuerzas, como un globo desinflado.

Y ya no le importaban los zapatos.

PRIMER TRAMO